

PARTE CRITICA.

¿DONDE ESTÁ EL AFRICA AHORA?

Esta pregunta de TIRABEQUE, hecha así *exabrupto* y cuando yo no la esperaba, no dejó de causarme alguna estrañeza; pues si bien habíamos dejado pendiente nuestra lección sobre el mapa de Europa, no veía yo el objeto con que la podía hacer. Sin embargo le dije: «El Africa está donde estuvo siempre; y estraño mucho en tí la pregunta, por lo mismo que has pisado el suelo africano, cuando me acompañaste á Ceuta hace siete años poco mas ó menos.

—Así es la verdad, señor, pero tengo para mí que desde que el mundo anda tan revuelto, ó el Africa se nos ha venido á Europa ó Europa se nos ha ido á Africa.

—Aprensiones tienes á veces, PELEGRIN, que es menester conocerte mucho para no tomarte por un desjuiciado, ó por lo menos por un hombre de no muy sano cerebro. Pero en fin, trae la carta y lo verás.....

Bien, aquí tienes á Gibraltar, aquí está el Estrecho, y ahí tienes á Ceuta; en el mismo sitio que siempre, frente por frente de Gibraltar, y principio del Africa.

—Entendámonos mi amo, aquí hay dos cosas distintas. En cuanto á que Ceuta está frente por frente de Gibraltar estamos convenidos. Y esto quisiera yo que lo tuviera muy presente el gobierno; que Ceuta está frente por frente de Gibraltar, y que lord Palmerston está muy enfadado, y que como es tierra de

morería andan moros en la costa, y no digo mas aunque pudiera. Pero en cuanto á que el Africa empiece aqui ahora, en eso no convengo con vd., mi amo, y vd. perdone.

—¿Sabes, PELEGRIN, que ó estás un poco loco, ó estás muy enigmático? ¿Pues dónde quieres tú que principie el Africa? ¿Apostemos á que pretendes alterar los límites naturales del mundo?

—Yo le diré á vd. donde principia, señor. Córrase vd. hacia allá.

—Pero hombre, esto ya es España.

—No importa, mi amo, córrase vd. mas.... mas todavía.....

—Hombre, mas creo que no puede ser; me has hecho correr toda la España hasta los mismos Pirineos...

—Pues no ha andado vd. nada de mas, mi amo.

—¿Si querrás tú ahora, PELEGRIN, mostrármeme partidario de aquel dicho célebre, que si no me engaño fué del abate de Pradt, de que el Africa empieza en los Pirineos? Si tal supiera te aseguro que no lo habias de contar por gracia.

—Nada de eso, señor, todo al contrario. Sirvase vd. correrse todavía mas allá.

—Mira que esto es ya Francia.

—No importa, mi amo. Haga vd. el favor de señalarme dónde está París.

—París aqui está. ¿Y qué sacamos en consecuencia?

—Sacamos en consecuencia que ahí debe comenzar el Africa ahora.»

La idea era demasiado peregrina para que yo dejara de pedir esplicaciones sobre ella á TIRABEQUE, y no veía á la verdad el camino que su tosco ingenio podria buscar para desenvolver tan estraña paradoja.

—«¿Cómo, PELEGRIN! le dije: París, el pueblo inteligente por esencia, el centro de la civilizacion, la Atenas de este siglo, la ciudad que blasona de marchar á la cabeza de la moderna ilustracion, ¿quieres hacerla ahora el principio del Africa, de la parte mas incivil y mas ruda del mundo actual! Con descon-

suelo te digo, PELEGRIN, que debes tener la parte intelectual un poco enferma.

—No sino muy sana, mi amo, y yo me explicaré, y vd. acabará por darme la razon. Tambien yo pensaba como vd. antes, pero desde 1.º de julio acá he mudado enteramente de pensamiento, segun que he ido leyendo las atrocidades de aquella gente desde el día 23 hasta el 26, que no las hé leido mayores en todos los añalejos del mundo.

—Anales has de decir, que no añalejos, los añalejos son los de los eclesiásticos.

—Bien, si señor, añales. Y sinó dígame vd. en qué analess cuenta que se hayan estado degollando trescientos ó cuatrocientos mil hombres por espacio de cuatro dias en las calles de una ciudad; resultando mas de veinte y tantos mil muertos y heridos de una parte y otra; y eso que peleaban en nombre de la fraternidad: que si siendo todos hermanos se han degollado asi tan bárbaramente, ¿qué fuera si hubieran sido enemigos, ó por lo menos parientes un poco mas lejanos?

—Poco á poco, PELEGRIN, no hay que confundir los hechos: La mayoría de estos combatientes no han hecho sino defender heroicamente la mas santa de las causas, la causa del orden, la de la propiedad, la de la familia, la de la existencia social, atacada barbaramente por las turbas desenfrenadas, por cincuenta ó sesenta mil foragidos.....

—Ahí voy yo precisamente, mi amo, á los foragidos esos, á esa gente desalmada y fiera, que abrian en canal á los prisioneros, ó los aserraban por mitad del cuerpo, ó los mutilaban los pies y las manos, ó les cortaban la cabeza, y llenaban la boca de pez, y la incendiaban y la ponian en una pica sobre una barricada, y gritaban (¡los muy bárbaros!) ¡*lamparillas*, *lamparillas*! Y de estas hacian otras mil atrocidades, que se herizan los pelos de solo leerlas. Y los hombres se vestian de mugeres para hacer de verdugos, y otras veces eran mugeres de verdad las verdugas, y las harpías que no cortaban cabezas vendian agua y aguardiente envenenada á la tropa y á los

nacionales, y les arrojaban vitriolo á la cara: y sus banderas decían:

Si vencemos, saquearémos;
Si somos vencidos, incendiaremos.

Dígame vd., mi amo, si harían mas los cafres del Africa, los caribes, los indios bravos, los antropófagos. Que vengan, que vengan ahora diciéndonos los señores franceses. «El Africa empieza en los Pirineos.»—El Africa, les diré yo, empieza en París, y callen vds. que les tendrá mas cuenta.

—Ciertamente, PELEGRIN, que asombran y horrorizan los actos de vandalismo y de ferocidad cometidos por los insurrectos de París; cosa en verdad casi inconcebible, porque no hay duda que los obreros de París son gente ilustrada.

—Lleve el diablo su ilustracion, señor; si eso da de sí la ilustracion, desde hoy voy á pedir á Dios en mis cortas oraciones que tenga la bondad de hacernos un poco menos ilustrados.

—Ya ves, ellos no pedían sino una república democrática y social.

—El pillage democrático y el saqueo social era lo que ellos pedían. Y por ahora no canso mas. Y hágame vd. el favor de escribir ahí en ese mapa por via de nota:

«De hoy mas seguardarán muy bien los señores franceses de decir: El Africa empieza en los Pirineos. Porque si asi no lo hicieren, los españoles escribirán con letras mas gordas: EL AFRICA EMPIEZA EN PARIS.»

UN FENÓMENO,

Ya se sabe que entre los diferentes y variados medios que los hombres se buscan para ganarse la vida, uno de ellos es el de ofrecer á la pública expectacion los fenómenos de la naturaleza mediante una cuota de entrada de tanto mas cuanto. Y no es por cierto á veces el menos productivo, y lo es tanto mas, cuanto el fenómeno sea mas curioso y mas raro. Asi de tiempo en tiempo se nos anuncia el *Hombre gordo*, el *Hombre esqueleto*, la *Jóven velluda*, los *Niños gigantes*, y otras mil rarezas, estravagancias y aberraciones de la naturaleza, á que se dá el nombre de monstruos, como eso de un cuerpo con dos cabezas, y una cabeza con dos cuerpos, etc. etc.

Pues bien, hay ahora en España un fenómeno, mas raro que todos esos que se suelen enseñar, y cuya explotacion podria indudablemente hacer la fortuna de cualquiera, porque se pagaria el verle á peso de oro, se entiende siempre que se enseñara de modo que hubiera seguridad de que no podia hacer daño. Este fenómeno, original en su clase, y de un género que se distingue de todos los que estamos acostumbrados á ver, se llama *Cabrera liberal*.

Que diga cualquiera de buena fé si ha visto en su vida fenómeno mas raro que *Cabrera viniendo á dar la libertad á España*. La única dificultad para el que lo anunciara sería que probablemente, por lo mismo de ser tan raro, nadie lo creería, pero sin embargo nunca falta gente crédula que se deja embaucar. Otra de las dificultades es que no se sabe todavía de positivo si ha entrado ó no ha entrado. Los periódicos llevan quince dias diciéndonos diariamente que sí, y asegurando diariamente que no, y la correspondencia de Cataluña dice que sí y que no, y los diarios de Barcelona afirman que no y que sí. Pero pronto lo vamos á saber: «De parte de Dios te requiero que me digas si has entrado ó no has entrado.» Verán vds. como lo sabemos pronto.

LA POLIGAMIA.

Si los franceses no están locos, no debe faltarles medio quilate. ¿En qué creerán vds. que emplearon la sesion de la Asamblea de 1.º de julio á los cuatro dias de haberse estado degollando en las calles? En dar cuenta de una granizada de proposiciones y peticiones, entre las cuales las habia capaces de hacer reir á un muerto. Pido, decia uno, que se dote á la Francia de una literatura nacional. Pido, decia otro, que se prohiban los desafios entre los diputados durante la sesion. Pido, decia otro, que se permita en Francia la poligamia de mugeres. Este ciudadano debe ser hombre de mucho talento, porque efectivamente en Francia hace falta poblacion. Júntense estas peticiones con las anteriormente hechas para la supresion de todo el clero, para el restablecimiento del divorcio, y para que se mejorára la raza femenina, y dígase si nuestros vecinos no están dando por las paredes. Un dia van á pedir que todas las francesas sean por el estilo de Dulcinea,

altas de pecho y de ademan brioso,

y que los niños nazcan con una bandera tricolor en cada mano, y que al gallo francés se le añada una pluma á la cola.

Bien dice mi amigo, el hermano Don Nicomedes Martin Mateos en su erudito opúsculo sobre la *Tolerancia*, que la historia de Francia *es una novela que tiene de todo*.

APOSTROFES DE TIRABEQUE.

Creía mi lego que yo me hallaba fuera de casa, y no era así. No había hecho mas que salir á una pieza donde me suelo retirar cuando quiero dedicarme un rato á mis particulares oraciones. Porque yo soy hombre que ademas de mi rezo de oficio como eclesiástico, le pido á Dios privadamente muchas cosas, por aquello de *petite et accipietis*. Por egemplo, hace años que estoy molestando diariamente á Dios, rogándole por la paz y concordia entre todos los españoles, y hasta ahora no veo síntomas de que su divina magestad me otorgue merced. En fin, á Dios rogando y con el mazo dando, y ya que yo no tenga mazo con que dar, que si le tuviera ya me andarian los hombres mas derechos, me limito á rogar, y si no consigo nada cumplo con mi deber, y punto concluido.

Acabada mi oracion, me volvia á mi celda de estudio, cuando oí desde fuera la voz de TIRABEQUE que parecia como si rezára tambien. La puerta estaba cerrada; pero han de saber vds. que la puerta del despacho gerundiano (y es noticia que probablemente no habrán vds. leído en parte alguna), tiene una rendijita ó resquicio, que aunque pequeño, dá paso á la luz y permite ver un buen trozo de la habitacion. Por alli, pues, me puse á alisvar, y observé á TIRABEQUE de pie en medio de la pieza, y que creyéndose solo, se volvia ya á un lado ya á otro, y hablaba y conversaba alternativamente como si dirigiera la palabra á dos personas colocadas en lados opuestos. Púsemme á escuchar, ¿y qué era? No era que rezase; era que como habia puesto los retratos de Lamartine y de Cavaignac que compró dias pasados, en los dos lienzos fronterizos de la celda, les estaba apostrofando de esta manera.

«Buena la hemos hecho, señor Lamartine mi amigo! ¡Buena con B mayúscula! ¿Sabe vd. que nos hemos lucido con aquello de la organizacion del trabajo? Bien que todo es or-

ganizar y todo es trabajar, y si los trabajos de los talleres nacionales no estaban gran cosa que digamos organizados, en cambio lo estaban los de las barricadas, que según todos cuentan eran muchas, y hechas con toda maestría.

«¿No es así, señor Cavaignac?» Y al decir esto daba media vuelta y se ponía de frente al retrato de Cavaignac. Y luego volviéndose otra vez hacia el de Lamartine, continuaba:

«¡Cáspita con sus obreritos de vds! Ellos se habían llevado cuatro meses holgando, pero se han desquitado bien, trabajando en esos cuatro días como negros. Y si no aquí está el hermano Cavaignac que lo podrá decir, (y daba media vuelta para mirar á Cavaignac, y volvía otra vez á mirar á Lamartine y proseguía). Pues si señor, nos hemos lucido con eso de la fraternidad y de la organización del trabajo. Supongo que su amigo de vd. y mió el señor Luis Blanc estará lleno de vanidad con los frutos de bendición que han dado sus organizamientos! Se servirá vd. darle la enhorabuena de mi parte, con las más finas expresiones. Desde la primera Revista que les pasó á vds. mi amo, me lo dijo: «PELEGRIN, estos hombres han dado una pifia que les ha de pesar mucho: se han comprometido imprudentemente á lo que no han de poder cumplir, y tienen que llorarlos.» A mí también me pareció que el amo llevaba razón, y es muy extraño, señor de Lamartine, que lo que un pobre lego español conocía y veía venir, se le escapara á vd. siendo un hombre de tanto talento. Vd. se fiaba mucho en aquello del *para-rayos* para conjurar la tormenta de los comunistas, socialistas, anarquistas y blusistas. Valiera más que en lugar de *para-rayos* hubiera vd. discurrido un *para-tiros*, y no se vería vd. ahora como se ve, y hubiera vd. ahorrado á París esos cuatro días de carnicería que han horrorizado al mundo!

Y volviéndose al retrato de Cavaignac: «General Cavaignac, le decía, vd. ha merecido bien de la Francia, de la Europa y de mí. Vd. ha salvado la república, y sobre todo la sociedad y el orden, ametrallando á esos trogloditas que querían tras-

tornarlo todo y destruirlo todo; á esas fieras indómitas que han hecho correr arroyos y aun rios de sangre por las calles de París, que han diezmado barbaramente las filas de la guardia nacional, que han promovido la batalla mas sangrienta y mas feroz que se ha conocido en los siglos de los siglos. ¿Y cuándo? Cuando aqui el ciudadano Lamartine (y se volvia hácia su retrato), nos habia dicho en su manifiesto que en un mismo dia habian brillado para la Francia el sol de la libertad y el sol de la paz.

«Cierto es, señor de Cavaignac, y daba media vuelta hácia el retrato de Cavaignac, que este triunfo ha costado muchas y muy dolorosas pérdidas, como lo prueba el haber tenido, solo de la clase de generales, cinco muertos y ocho ó diez heridos, y á más un arzobispo, que lleno de celo apostólico quiso dirigir como buen pastor palabras de fraternidad á aquellas ovejas descarriadas, y en pago de su buen deseo recibió un balazo; sobre lo cual me permitirá vd., hermano Cavaignac, le diga que se me antoja que hizo vd. muy mal en permitir á aquel santo varon ir á dirigir palabras dulces y amorosas á unos perrillanes que vd. sabia bien que no eran ovejas descarriadas, sino lobos hambrientos y carnívoros, capaces de engullirse si pudieran al pastor y al rebaño entero. Pero al fin vds. han tenido un arzobispo que ha muerto por ir á predicar la paz y caridad á sus ovejas. Compare vd. esto con lo que sucede acá entre nosotros, que los primeros que levantaron una faccion carlista en la provincia de Guipuzcoa fueron dos curitas: tambien estos nos querian predicar la paz y caridad con carabina y chafarote. Vea vd. qué diferencia. En cuanto á los generales, tambien es sensible su pérdida, porque se conoce que eran gente brava y de corazon. Sobre estos me ocurre decir á vd., que si viese vd. que faltaban generales para la república, de aqui le podriamos mandar á vd. unos 300 ó 400 que nos sobran y que no sabemos que hacer de ellos. No hay mas dificultad sino que sospecho que no han de ser muy republicanos, ni acaso tan dóciles para obedecer á vd. sin chistar y para

llenar cada cual sus puestos sin celos ni discordias de ninguna clase como esos que vd. ha tenido á sus órdenes; pero yo le ofrezco á vd. lo que aqui tenemos, y no puedo hacer mas.

«Dicen que despues de la victoria han sido fusilados muchos prisioneros. Es verdad que no eran dignos de misericordia semejantes canibales. ¿Pero y aquello de la abolicion de la pena de muerte?

«¿Y aquello de la abolicion de la pena de muerte, ciudadano Lamartine? (y se volvía TIRABEQUE á mirar el antiguo miembro del poder ejecutivo).

«Tambien parece, hermano Cavaignac (y se volvía á mirar al actual presidente del ministerio: escusado es decir lo que yo me reiria de ver á TIRABEQUE dar tantas vueltas, que semeja-
ba á un recluta aprendiendo el ejercicio), tambien parece que tenian vds. unos cuantos centenares ó millares de prisioneros hacinados como animales inmundos en los sótanos y cuevas de las Tullerías, y que como hiciesen demostracion de querer escaparse, los nacionales los obligaban á estarse quietos á balazos, tirando desde las ventanas y tragaluces al monton, lo cual no me parece muy republicano ni muy fraternal: pero en parte no me maravilla, porque debian tenerlos muy quemados las atrocidades de aquellas bestias feroces, pues dicen que no habia mas que mirarlos á las caras para conocer que eran mas fieras que hombres. Ocurríseme una idea, hermano Cavaignac. Aqui en Madrid se están verificando ahora unas corridas de toros de competencia, para ver cuáles son mas bravos y mejores, si los de Gaviria, si los de Veraguas, los de Colmenar Viejo, ó los de Moral-zarzal. Con que supuesto que esa gente es tan feróstica, y que no saben vds. que hacer con ellos, podia vd., si le parece, irnoslos mandando acá por tandas para que alternáran con las ganaderías que he nombrado á vd, y los haríamos lidiar en la plaza á ver qué tal se portaban. Y á esta funcion convidaríamos á Mr. Guizot, en consideracion á aquello que dijo año en la cámara, «que los españoles teníamos *instintos feroces.*»

Confieso, yo FR. GERUNDIO, que este pensamiento de TIRABEUQUE me escitó la risa en términos que sospeché me hubiese sentido, pero no fué así, sino que continuó muy sério sus apóstrofes, dirigiéndose ahora á Lamartine, y diciéndole:

«Oiga vd., ciudadano Lamartine: la nueva república ¿no proclamó la libertad de imprenta *ilimitada*?

«Y vd., ciudadano Lavaignac (y se volvió hácia él) ¿no ha mandado suprimir diez periódicos, y no tiene vd. al ciudadano Emilio Girardin, director de la *Presse*, zambullido en un calabozo, sin sol, sin luz y sin moscas, solo porque dicen que *indirectamente* excitaba con sus escritos á la insurreccion, y siendo como es, sino me engaño, un representante de la república?

«Y vd., hermano Lamartine, ¿no decia vd. y todos sus compañeros de gobierno allá en aquel manifiesto de 20 de abril, que los *clubs* eran una necesidad en una república libre y democrática?

«Y vd., hermano Cavaignac, ¿no ha dicho en junio á la Asamblea de la república libre y democrática que los *clubs* son muy peligrosos, que ni se pueden ni se deben consentir, y que va vd. á cerrarlos?

—¿Y vd., hermano Lamartine, no se comprometió á mantener esos talleres nacionales, que decian vds. que iban á ser una cosa tan provechosa y tan buena?

—¿Y vd., hermano Cavaignac, no los ha disuelto y echado á esa gente con cajas destempladas?

«No crea vd. que yo me opondré á ello, no señor, ni á ninguna de las medidas que vd. tome, si son necesarias para asegurar una república de orden. Esto no ha sido mas que un ca-reo entre vds. dos, ya que los tengo aqui tan á la mano, á ver si me esplican estas contradicciones que yo estoy muy acostumbrado á ver por acá, pero que en una república creí que no las habria. Ahora ya veo que en todas partes cuecen habas, y que nadie puede decir: «de esta agua no beberé.» Vds. verbo y gracia, nos criticaban á nosotros cuando teníamos

en el ministerio tres ó cuatro generales, que llamaban vds. representantes de la fuerza, bruta ó no bruta. Pero vd., una vez que le ha tocado formar un ministerio ha enjaretado en él cuatro generales. Esto no quiere decir mas sino que tambien en las repúblicas las cuecen, y que si como me da por no criticarle á vd. me diera por criticarle, no tendría vd. mas remedio que dar la razon á un pobre lego.

«Me haria vd., hermano Cavaignac, un favor muy grande y muy supino en avisarme si se averiguaba alguna cosa de la procedencia de ese tanto oro español que dicen que se ha encontrado en poder de los sublevados, pues me convendría mucho saberlo para sentar la mano de firme á cualquiera que hubiese sido el malandrin bellaco hi de pu.....ntos, que hubiese llevado ó mandado de aqui ese dinero, (que sepa vd. entre paréntesis que nos está haciendo mas falta de lo que fuera menester) para armar insurrecciones en otra parte. Y si se averigua, no tenga vd. reparo en decírmelo, de cualquier partido que sea el mandante, porque soy hombre que en estas cosas no me caso con nadie, y á todos los mido por un rasero, y caiga el que caiga, que lo primero de todo es la conciencia. Pues mire vd., no me maravillaría que unas ciertas partidillas, asi de 50 á 60 millones, que dicen se han echado de menos aqui en el Banco, y cuyo paradero se ignora, y es una de las causas de que nos andemos dando por acá de calabazadas con esto de los billetes, hayan ido á parar allá á manos de esos sacristanes de las barricadas. Le aseguro á vd. que si tal sucediera, me habian de oír los sordos de nacimiento.

«Tambien he leído que llevan vds. recogidos ya unos 400 mil fusiles de manos que nunca hubieran debido tenerlos. Si es asi, una vez puestos á recoger haga vd. la gracia, hermano Cavaignac, por lo que sea, de mandar recoger unas remesillas de ellos que dicen que han salido de Inglaterra para las costas de Francia, y que segun malas lenguas, vienen destinados para los carlistas de aqui de España, que se han dignado venir otra vez á unirnos á tiros á todos los españoles. Porque, la verdad,

hermano Cavaignac, soy franco; así como no me gusta que haya ido el oro español á fomentar insurrecciones extranjeras, tampoco me gusta que los extranjeros den ni oro ni fusiles para encender la guerra civil en España. ¿Qué digo gustarme? Tan inexorable como soy para lo uno soy para lo otro: aun no conoce vd. bien mi genio.....»

Entonces ya no pude menos, yo FR. GERUNDIO, de soltar la risa á todo trapo. TIRABEQUE, que se creía solo exclamó:

—«¿A que son estampas hablantes estas? No se ría vd., señor Cavaignac.»

Yo repetí desde fuera: «ñac.»

—O vd., señor Lamartine.

Yo repetí: «tin.»

—¿Lo ven vds? Todo lo que yo digo tiene mucho eco, y lleva su retin-tin.»

Ya no pude contenerme: abrí la puerta y entré. TIRABEQUE se quedó estupefacto de verme.

—«Perdone vd., mi amo, creía que no estaba vd. en casa.»

—Y bien, no has debido echarme mucho de menos, puesto que has estado conversando con dos de los mas ilustres é importantes personajes de la república francesa. Y ahora puedes continuar, si te parece, pues supongo que aun tendrás algo que decirles.

—No me faltaria que decirles, mi amo, pero no me atrevo delante de vd. Y dejémoslo así por ahora, que no faltará ocasión en que vuelva á entenderme con ellos.

—Si, y que tenemos que ocuparnos de otras cosas, y sobre todo que tenemos que ir á los toros.»

EL SEÑOR CUATRO-BARBAS.

La Asamblea francesa ha anulado la eleccion de un ciudadano llamado *Cuatro-Barbas*, *Mr. Quatre-Barbes*, electo representante por el distrito de Finisterre. Aunque las causas que se alegaron para la invalidacion no eran muy fuertes, la Asamblea sin embargo declaró la nulidad casi sin discusion. De modo que dá lugar á sospechar que á este individuo le perjudicaron tantas barbas. De todas maneras seria de desear que nos enviaran por acá á ese ciudadano ya que alli no le quieren, porque habiendo tenido nosotros tantos diputados lampiños, tantos ministros imberbes, y tantos empleados sin pelo de barba, nos podria hacer un buen recado un hombre de cuatro barbas nada menos, siquiera para contrarrestar á tanto barbilampiño como nos sobra. Al menos cuando ese hombre dijera por egemplo: «Prometo por mis barbas que hé de arreglar lo del Banco, y que hé de poner los billetes á la par,» se le podria creer. Y no que aqui nadie cumple lo que promete, y es que no hay un hombre de bastantes barbas para llevar las cosas á puro y debido efecto. Opino pues porque venga acá el señor Cuatro-Barbas á ver si con él hacemos algo.

¿Y CARLOS V?

Dice muy sério el general carlista Elio en su proclama: «Agrupémonos al rededor del estandarte enarbolado por nuestro rey. Sea nuestra divisa: *Carlos VI y olvido de lo pasado,*»

¿Y *Carlos V*, señor don Joaquin? Señor Elio, ¿y *Carlos V*?
¿Y *Carlos V*, señor don Joaquin Elio?

¿Cómo ha de colar el *sesto*,
si nunca ha colado el *quinto*?
Que vd. lo admita es distinto,
pero yo *niego el supuesto*?

Y puesto que vd. estenta
olvido de lo pasado,
olvide vd. que ha contado
á Carlos V. en la cuenta.

Y seguidamente dice el susodicho don Joaquin con mucha formalidad: «¿Qué español se negará á afiliarse bajo esta bandera?»

Y le responde FR. GERUNDIO: «Lista de los españoles que se niegan.

Español número 1.º—FR. GERUNDIO.

Español número 2.º—TIRABEQUE.

Continúa la lista de 14 millones y maravedis de españoles.

Lo que prueba la proclama de don Joaquin es que por mas que quieran disfrazarse los señores Carlistas, siempre son los mismos; Carlos V y Carlos VI., y patilla y cruzado y vuelta á empezar.

UN ACERTIJO A TIRABEQUE.

—«Vamos á ver, PELEGRIN. ¿Qué cosa será una, que en Francia pertenece al género femenino y en España al masculino; que en femenino se puede decir *rota* pero no *quebrada*, y en masculino se puede decir *quebrado*, pero no *roto*?

—Señor, menester será que dé vd. algunas mas señas de ese monfrodita, si he de poder acertar.

—Hermafrodita has de decir, que no monfrodita. Te diré

algo mas. Que en España habia dos, y el uno llevaba el nombre de un rey santo, y el otro el de una reina que todavía no puede ser canonizada, porque vive, y ojalá viva muchos años: y se casaron, y juntaron sus bienes y los hicieron comunes. Y sucedió que *un año despues de la boda*, que es el título de una comedia, se encontraron *con amor y sin dinero*, que es el título de otra comedia; porque habian tenido tal manejo que á todo el mundo habian dado dinero por papel, y papel de tan mala calidad que nadie daba por ello un cuarto.

—Señor, ¿qué me dá vd. á mí, si acierto?

—Vamos, te daré un billete. (Aparte: para cambiar).

—Venga. Pues señor, esa cosa es el Banco, que en Francia se llama Banca; y se dice *Banca rota*, pero no *Banca quebrada*, y *Banco quebrado*, pero no *Banco roto*; y aqui en España se casó San Fernando con Isabel II, y topóse con hallóse, y juntóse el roto con el descosido, y tuvieron tal modo de manejarse que fueron dando de bóbilis bóbilis el dinero que tenian á cambio de papeles, y resultó que vino una tormenta, y cayó un chaparron, y como estos papeles estaban *al descubierto* se mojaron, y se encontraron con una porcion de papeles mojados, y de aqui el verse como se vé y el vernos como nos vemos. Y ahora á ver si vd. me acierta á mí otra cosa.

Este es un Banco, y este Banco tenia una caja, y cuando se fué á registrar esta caja se averiguó que se habian escapado unos 50 ó 60 milloncejos. Se pregunta, dónde están esos tales maravedises, y cómo volverán. La pregunta, mi amo, no puede ser mas sencilla.

—Si, pero la respuesta es algo difícil. ¿Sabes lo que puedes hacer? Pregúntaselo á los individuos de la Junta, ó á los nuevos encargados de su direccion: porque yo confieso que soy ignorante.

—Tampoco tengo inconveniente, mi amo. Señores, aunque no tengo el honor de conocer á vds. mas que para servirles, me harán vds. el favor de decirme qué se sabe del paradero

de esos maravedises, y qué medidas son las que van vds. tomando para que vuelvan á entrar en su caja, porque me interesa saberlo.

Y luego añadió:

PUSO UN HUEVO LA PAVA, PUSO DOS, PUSO TRES....

Miro un día la Gaceta, miro dos, miro tres, miro seis, miro doce, miro veinte, miro y remiro, y no encuentro nada. Chupa y rechupa y no saca nada.

Vds. se acordarán, y si vds. no se acuerdan yo si me acuerdo, que con fecha 21 de junio se mandó por Real Decreto que la Junta añadida del Banco publicara el importe, serie y numeraciones de todos los billetes que por cualquier concepto existen en circulacion; y tambien que publicara una relacion de los quince millones de los mismos que ya en aquella fecha debian haber quedado inhabilitados y fuera de circulacion. Pues bien, yo miro un día la Gaceta, miro dos, miro tres, miro seis, miro doce, miro veinte, miro y remiro y no chupo nada.

Señores de la Junta, cuando vds. gusten.

TOROS DE COMPETENCIA.

Dos razones tuve, yo FR. GERUNDIO, para ir á ellos; la primera por si son los últimos que puedo ver en la presente temporada, y la segunda por ser toros de competencia. En un tiempo en que todos los partidos políticos se han puesto en competencia, justo es tambien que haya competencia entre los toros. En una y en otra corre la sangre que es un portento. Hé aqui lo que han aprendido los hombres en cerca de seis mil años que llevan civilizándose, á competir matando come

los toros; con la diferencia que el matarse un toro á otro es un caso raro, y por supuesto por ideas no se matan los toros nunca: de manera que casi está uno tentado á creer que sería un bien que los hombres no tuvieran ideas, á lo menos políticas, porque eso de: «piensa como yo, ó te mato,» me parece muy bárbaro, y no lo hacen los toros, que no parece sino que en esto son mas racionales que los hombres.

Yo no asistí á la corrida penúltima, que fué la primera de competencia, pero leí en el *Clamor público*, que es un periódico progresista que se publica en esta córte, que habia sido mediana. No necesito ver lo que dice de ella el *Heraldo*, que es un periódico ministerial que se publica en esta córte, porque de fijo dirá lo contrario que haya dicho el *Clamor*. Si así no fuese sería la primera cosa en que convinieran; pero ambos son órganos de la opinion pública.

En aquella primera corrida se lidiaron seis de la ganadería del Excmo. señor Marqués de Casa-Gaviria; en esta del lunes otros seis de los Excmos. Señores Duque de Osuna y de Vera-guas: los de las dos que faltan ya no son de señores Excmos., sino de señores Dones á secas. Se conoce que manda el partido moderado, porque primero ha ido la aristocracia; si mandára el partido progresista, estoy casi cierto que daba la primacía en el certámen á los toros demócratas. Cosas de mundo. Yo no sé si sería por obsequio á la clase, ello es que encontré á la cuadrilla de los lidiadores con vestidos nuevos y muy lujosos, por lo que inferí que ni les habria alcanzado el *donativo forzoso* de la mensualidad, ni la empresa debe pagar en billetes á sus funcionarios, como el gobierno á los suyos, lo cual hace sin duda el gobierno á fin de que circulen algunos billetes, porque ya era una necesidad.

Hace unas cuantas corridas que se nota escasez de gente en la plaza. Yo lo atribuia todo á la estacion, y á la emigracion que es consiguiente á la temporada de estío y á los fuertes calores: pero Tirabeque me replicó: «No señor, no es eso todo: ¿no vé vd. que continúan aquellas?»

— ¿Y quiénes son aquellas? le pregunté.

— ¡Válganos Dios, mi amo! Ya sabe vd. que no las puede nombrar, porque me ataco de los niervos.

— Nervios, PELEGRIN, nervios. Conque vamos á ver, ¿quiénes son aquellas?

— Señor, aquellas en que sacan á los hombres de noche de una cárcel, y los llevan atados como facinerosos entre dos filas de soldados, y los trasportan allá á donde yo no quisiera verme, ni vd. tampoco. ¿Cómo quiere vd. que no se eche de menos aqui la gente si siguen *aquellas*?

— Entiendo, PELEGRIN, y esto te probará el ningun aprecio que ha hecho el hermano don Ramon, segun yo bien te lo pronosticaba, de aquella epístola que te empeñaste en escribirle, y de la peticion que en ella le hacías.

«¡Oh, qué fiero, qué fiero! ¡qué barbaridad!» comenzó á gritar al rededor nuestro la gente. Y era que mientras nosotros hablábamos de Don Ramon y de *aquellas*, habia salido el primer toro, cuyo primer acto de bravura habia arrancado aquellas exclamaciones. Era en efecto bravo el animal: retinto, buen mozo como el presidente de la plaza, y por esta razon, y por ser el primero pusimos al toro el nombre de *Presidente*. Oh, y que tenia una cabeza digna de presidir una república! Por lo menos no se desacreditaría por debil y contemporizador como Lamartine. Al contrario, ya se contentaría la Francia con encontrar tan buen Presidente, aunque Cavaignac no lo está haciendo mal. Sin embargo, Cavaignac ha dado una pifia que apuesto doble contra sencillo á que no la daba el Presidente de la plaza de toros, es decir, el toro *Presidente*; que ha sido nombrar ministro de la Instruccion pública á aquel Mr. Carnot, el de las circulares á los maestros de escuela, en que decia que para ser un buen representante no hacian maldita la falta *ni instruccion ni fortuna*. Pues ahora ha acabado de remachar el clavo, dando su autorizacion y suscribiéndose por 20 mil egemplares á un *Manual republicano* que se acaba de publicar para servir de texto en las escuelas y para uso y go-

bierno de los electores, en cuyo librito se leen estas y otras semejantes lecciones:

Discipulo. ¿Hay algun medio de impedir que los ricos vivan ociosos, y que *los pobres sean comidos por los ricos*?

Maestro. Si, hijo mio, los hay excelentes.

Discipulo. ¿Y cómo, si son los ricos los que tienen la propiedad? ¿La propiedad no es sagrada?

Maestro. La ley puede imponer á la propiedad todo género de condiciones, hasta la de expropiar á los propietarios que hagan mal uso de sus haberes, y dárselos á otros que puedan emplearlos mejor.

Y de estas máximas está sembrado todo el *Manualito* protegido por el ministro de la Ignorancia pública. Pero anda, que buena sacudida le dió por ello la Asamblea, y por último le ha costado el ministerio. Mas magullado y mas asendereado salió de allí el ciudadano Carnot, que Muñoz y el Habanero de los porrazos que les sacudió el *Presidente*, y eso que fueron buenos. Es decir, para ellos fueron malos, pero estos son los que el público llama buenos. Este toro ejecutó dos acciones notables. Un banderillero que llaman *Traga-balas* (sin que creo que haya tragado nunca ninguna, y asi hay muchos nombres usurpados) corría huyendo del *Presidente*; este le alcanzó cuando ya estaba sobre la barrera, le dió un empujon con el testuz, y arrojó á *Traga-balas* al tendido, y saltó tras él la valla. La fortuna de *Traga-balas* fué que pudo agarrarse á la cuerda; de tantas cuerdas como hoy sirven para penar los hombres, alguna habia de servir para salvarlos. Otro banderillero, el *Gallego*, fué cogido por el *Presidente* en medio de la plaza. Todos creimos que habia sufrido la misma suerte que el general Carlista Alzáa; es decir, la misma enteramente no, porque los toros no fusilan, pero sí que habia sucumbido al principio de la guerra como el general Montemolinista. Con satisfaccion vimos luego que no habia hecho sino romperle el calzon á *posterioribus*. Harto castigo fué para un *Gallego*, el cual acaso hubiera preferido que el asta hubiera penetrado mas con

tal que hubiera perdonado la ropa. Tal fué la ira que le dió, que no paró hasta desfogar su rabia poniendo al toro un par de rehiletes tambien en sus postrimerias, como quien dice: *Interrogatio et responsio eodem casu gaudent*. Es tan natural la venganza, ya sea el hombre gallego, ya sea inglés, que yo no extraño que Palmerston irritado nos clave todos los palos que pueda, aunque sea por la parte menos decente, como por ejemplo, enviándonos á Elio y Cabrera.

El toro *Presidente* llegó á intimidar de tal modo á los muchachos, que nunca los he visto dar mas pruebas de agilidad: cuando se veian apurados, arrojábanle las capas á los ojos y esto era lo que les valia; estrategia lícita, permitida y legal, y no comola de lossublevados de París que cuando los nacionales iban á asaltar una barricada, les arrojaban al rostro vitriolo y otros líquidos semejantes. Está visto que tienen nuestros torerosmas humanidad con las bestias, que los obreros de París con los mismos á quienes acaso habian estado comiendo el pan dos días antes. *Minuto* fué el que se lució con el *Presidente*, poniéndole tres pares seguidos con toda maestria y en toda regla. *Minuto* es pequeño como suena, pero para esto de poner argumentos agudos y de chispa se pinta solo; la parte epigramática nadie la entiende como él: es el *Charivari* de los toreros.

Sonaron los timbales, y reasumió *Cúchares* todo el poder ejecutivo. El poder ejecutivo ya se sabe que es una ilustre espada, como dice el *Morning-Herald*: hasta ahora parece que los hombres no han sabido discurrir otra cosa. Todas las crisis políticas en efecto terminan así. En 1793 el general Dumouriez: en 1800 el general Bernardotte: en 1814 el general Soult: en 1815 el general Damonst: en 1830 el general Gerard; en 1848 el general Cavaignac; y por acá en 1840 el general Espartero: en 1843 el general Narvaez; y el lunes el general Cúchares. Está visto; legitimistas, republicanos, imperiales, revolucionarios, progresistas, moderados y toreros, todos recurren á la espada. Trabajo le costó á *Cúchares* exone-

rar de la presidencia á su rival, porque el bicho (y parece que dá vergüenza llamar bicho á un Presidente) tenia tanto sentido como cabeza, y estaba á todas las cuestiones, y se desenvolvía de ellas con un talento singular. Mas como contra la espada no hay talentos, á fuerza de estocadas tuvo que sucumbir el señor *Presidente* con todos sus honores y condecoraciones. Concluida la lucha, depositó *Cúchares*, al modo de Cavaignac, los atributos del poder, seguro como aquel de volverlos á empuñar no tardando.

Entre el primero y segundo toro llegó á nuestras manos una especie de programa que contenia los nombres de los bichos. ¿Por qué no los publican en el *Diario*, y en un periodiquito facultativo que llaman la *Tauromaquia*? El hacerlo de otro modo parece oler á bautismo clandestino, y hé aqui que yo podria pedir la nulidad de semejante bautismo, como la señora infanta doña Josefa pide ahora que se declare la nulidad de su matrimonio con don José Güell y Renté, fundándose en la clandestinidad, despues de haber dado lugar al real decreto de 28 de junio, por el que S. M. la declara privada de todos los honores de Infanta de España. No señor, no estoy por estas clandestinidades. Estoy por la publicidad, y mas en los sacramentos. Por eso no estuve nunca por los matrimonios de conciencia: verdad es que se pueden ocultar por algunos años, pero luego hay que descubrir á un tiempo siete ú ocho consecuencias que ya pueden comulgar, y casi casi contraer tambien matrimonio, y entonces todo se vuelve interpretaciones sobre la conciencia. Asi fué que TIRABEQUE y yo, en pena de aquella especie de clandestinidad del bautismo de los toros, no anulamos los nombres, pero séguimos poniéndoles otros sobrenombres á nuestro modo.

Llamábase el 1.º en el programa *Piñonero*, y el 2.º *Castaño*, probablemente por su color castaño oscuro. Nosotros le pusimos *Representante*. Nos hubiéramos abstenido de darle este nombre si los representantes fueran ahora inviolables, pero al ver que los representantes de la república francesa (y entre

paréntesis, el otro dia decia TIRABEQUE que eran caros, por los 25 francos diarios que gozan, pero en verdad que si se repiten muchas *demonstraciones* como la de junio bien ganan el jornal), no solo no eran respetados por las balas de los sublevados, sino que la misma república los prende como á cada hijo de vecino, y los comisarios de la policía republicana registran sus casas como ha sucedido ahora con la de Mr. Raynal, bien puede, deciamos nosotros, un representante dar y recibir pinchazos en la plaza de toros. La única diferencia de Mr. *Raynal* al *Castañuelo*, estaria en que segun dijo el ministro de lo Interior estaba seguro que si Reynal hubiera mostrado desde luego al comisario la insignia de representante, se hubiera contenido, y al *Castañuelo* no le sirvió ostentar la insignia para que dejáran de darle sendos puyazos; bien que él tampoco estuvo flojo, porque á ambos picadores les enseñó agrimensura, haciéndoles medir el suelo muy contra su voluntad y matándoles los jacos, dejando la plaza sin recursos, como Palmanuova cuando tuvo que entregarla el anciano general Zucchi á los austriacos. Al cabo de un rato salió otra vez montado el *Habenero*, pero apenas, á duras penas habia salido al redondel, cuando se le echó encima el *Representante*, y el pobre caballo pereció no bien habia salido á la palestra. Sucedióle lo que á la faccion de Guipúzcoa, porque el *Representante* parecia haber estado atisvando la salida como el comandante Azcárraga.

Conociendo Muñoz el empuje del bicho, le picó en los costillares, lo cual le hizo receloso, y ya le tomó ascos al hierro. Pero aun le apretó un voto de censura á Muñoz, que sobre privarle de su rocinante le obligó á bajar entre barreras de un modo inverosimil, haciendo una V con sus piernas, vulgo de cabeza. Y eso que era cornigacho el maldito, y mas bajo de la una que de la otra, suple asta. Pusiéronle rehiletos amarillos y supiéronle tan mal, que con dos pares encima franqueó el Adige, esto es, la valla, en busca de la huida; pero rechazado de alli volvió al campo del honor, donde le clavaron otros tres pares. Tocóle despacharle á Julian Casas, el *Salaman-*

quino, el cual le dió varios pinchazos, degollándole al cuarto, de lo que se infiere que le habian precedido otros tres.

El 3.º se llamaba en el programa *Bolao*: á nosotros nos pareció antigramatical el nombre, y en razon á su pelo, que era negro como el de una sotana, le pusimos el *Clérigo*: y en caso de serlo, no podia ser otra cosa que capellan de coro ó sochantre, porque entró en la plaza cantando, no cerró su boca en todo el tiempo de la lidia, y cantando murió; se entiende cantando de rabia, porque era un canto rabioso. Nada tiene de particular si era clérigo español, porque no sé como no mueren todos rabiando, puesto que mas es para rabiarse que para cantar la situacion desesperada en que este gobierno los tiene, que es la misma en que los tuvo el anterior, ó idéntica á la que gozaron con los precedentes: para el pobre clero lo mismo son los unos que los otros, y diócesis hay en esta nacion *eminente*mente católica, en que á estas fechas no ha percibido el clero un maravedí de lo que en este año le correspondia, que es lo que se llama dejarlo morir *eminente*mente de hambre, sin perjuicio de estarse cobrando la contribucion de culto y clero, de modo que naturalmente deberán estar todos rabiando como el tercer toro del lunes. Si yo no hubiera sabido que el canto era de pura rabia, hubiérale comparado al P. Gavazzi, que es un clérigo veneciano que todos los dias predica en la plaza de San Marcos de Venecia, escitando á la poblacion á la guerra santa contra los austriacos, y las gentes le entregan joyas y dinero para contribuir á los gastos de dicha guerra. Pero al pobre clérigo español no le daban mas que rejonazos: y sin embargo salió boyante, pero boyante como toro, no como clérigo. Tan boyante y tan bravo, que habiéndosele acercado el *Habanero* con ánimo de cometer una irregularidad, le aplicó un exorcismo, que diciéndole en latin: «*abi retro,*» cayó el isleño en tierra firme, y cayó de tan mala manera que pasándole por encima el caballo (el cual murió pronto), le estropeó malamente (ni podia ser tampoco buenamente) llenándole ademas de sordidez, y teniendo que retirarse á la enferme-

ria todo manchado, en brazos de los hermanos de la caridad.

A propósito de estos hermanos de la caridad de la plaza de toros, de estos precisos auxiliares del ministerio de lo interior (con i minúscula, porque tambien su ministero es minúsculo), desearía mucho, yo FR. GERUNDIO, que la empresa, y si no la autoridad, los obligára á vestir un uniforme cualquiera, barato y sencillo, aunque fuera una blusa, á pesar de las reminiscencias poco agradables que van dejando las blusas; pues sería preferible que parecieran obreros de París, que no que semejáran *lazzaroni* de Nápoles, que es lo que parecen.

Vuelvo á mi *Clérigo*, y digo que habiendo reemplazado *Sevilla* al *Habanero*, y habiéndose acercado á interrumpir al sochantre en sus antífonas, cantando y todo le echó un *de populo bárbaro*, y sacándole de la silla le hizo sentar en el suelo con un estrépito que retumbó en toda la plaza. He visto sentarse á muchos de resultas de las sociedades anónimas, y de las bajas de los treses, y de la situación *interesante* del Banco, pero nada he visto parecido al modo singular con que el *Clérigo* sentó á Sevilla. Despues de este golpe ya se emplazó, y no hacia mas que cantar y rabiarse en los medios, hasta que le colgaron las primeras banderillas, que le hicieron subir una octava de tono; pero por poco lo cuenta por gracia el banderillero, pues emprendió tras él con tal furia hasta la misma barrera, que rompió y arrancó una tabla con el morro, con la misma facilidad que si hubiera sido de chilla. Pusiéronle todavía otros dos pares, y salió Luque, el *Camará*, á hacerle callar, ó lo que es lo mismo á matarle, porque era como he dicho, un músico que habia que matarle para que callara.

El general *Luque* lo hizo tan mal como el general *Casas*, y el general *Casas* lo habia hecho tan mal como el general *Curro*. Si Lamoriciere, Bedeau y Duvivier, no se hubieran portado mejor en las jornadas de junio, lucido hubiera quedado Cavaignac. Pero en fin, á fuerza de pinchazos, buenos, malos y regulares, entonó el sochantre el *de profundis*, y acabó el canto cuando se le acabó el aliento. El *Clérigo* este, como

perteneciente á los Duques, debia ser aristócrata, al modo del Padre Ventura, ese famoso confidente del Padre Santo, que llama á la democracia *la heroína salvaje*; y al revés de los clérigos que están representando la república democrática en la Asamblea nacional francesa, donde hay tres obispos, dos vicarios generales, tres rectores de seminarios, dos párrocos, un abate, un catedrático de teología, un pastor protestante, tres presbíteros sueltos, y un fraile que renunció. También los clérigos hacen á todo; pero en España no pueden ser republicanos, ni aun siquiera constitucionales; sin embargo esto último yo creo que lo serían los mas, si constitucionalmente se les pagára.

Llamábase el 4.º en el programa *Zafranero*. «Señor, me dijo Tirabeque, aquí se ha comido el bautizante la primera A.

—Váyase, le dije, por la que me colocaron los cajistas en lugar de *e*, en el número 3.º de nuestra Revista (pág. 182), poniendo *gentlemans* en vez de *gentlemens*; y ya que yo no lo advertí á tiempo, pudieras tú habérmelo advertido.

—¿Y qué sé yo de eso, mi amo, si sabe vd. que yo *nispikinglis*?

—Ya te se conoce, porque en dos palabras has dicho tres disparates.»

Asi por esta conversacion, como por el pelo del animal, que era hermano del 4.º, le pusimos nosotros *Inglés*. Pero no se asuste el gobierno, que no era Palmerston ni Bulwer; al contrario este fué el toro mas flojo de la corrida, al modo del número 2.º de la Revista Gerundiana. De consiguiente no gastaba el *Azafranero* el genio de Bulwer y Palmerston; porque no todos los ingleses han de ser iguales. Recibió el pobre trece ó catorce notas de los plenipotenciarios Muñoz y Sevilla, sin que hiciera en venganza víctima alguna que recordemos. No podemos asegurar otro tanto de otros ingleses. Sufrió siete dolores causados por otras tantas banderillas, y murió de igual número de saetazos que le dió el *Curro*; de manera que quedó el infeliz barbaramente punzado, acribillado y martirizado, como aquellos pobres guardias nacionales

de París que se encontraron el 25 de junio colgados en el Panteon. Desgraciadísimo estuvo el tal *Cúchares*: se desarmó varias veces, y tuvo que echar mano á un capote color de rosa para llamar al animal: ambos estaban atolondrados, y la plaza (figura retórica, el continente por el contenido) le obsequió con una silba terrible. *Sibilavit illum.*

En cambio el 5.º fué una de las mas bravas fieras que se han podido ver. Negro como unos ojos que yo tenia al lado, y cuyo dueño no tenia trazas de ser fiera, pero ellos eran capaces de hacer mas riza que el toro. Llamábase *Sereno*, y lo era: único nombre del programa que correspondia. Por los aplausos y entusiasmo con que fué recibido por la asamblea, le nombramos *Archiduque*, acordándome, yo FR. GERUNDIO, del entusiasmo con que ha recibido la Asamblea de Viena al Archiduque Juan, hermano del Emperador, nombrado por él lugar-teniente del imperio Austriaco, y por la Asamblea de Francfort Vicario del imperio Germánico; que ahora les ha dado á los Alemanes por resucitar el título de Vicario de los tiempos del Bajo Imperio de Roma. De manera que el Archiduque Juan es ahora el que gallea simultáneamente en los dos imperios, y el *tu-autem in utroque*, al modo del Juan de Austria que nosotros tuvimos cuando teníamos mas que ahora. Sin duda que el archiduque ese debe ser mozo de provecho. No lo era menos sin embargo el 5.º toro; y tan bravo, que TIRABEQUE me propuso que le nombráramos Cabrera.

— «¿Cómo Cabrera? le dije; ¿erés tú que Cabrera (si es que ha entrado, pues ya sabes que los periódicos progresistas están diciendo hace quince dias que ha entrado, y los ministeriales que no ha entrado, y aun todos ahora ya dudan si ha entrado ó no ha entrado, ó si está en Cataluña, ó se ha ido á Aragón, ó se ha vuelto á Francia; pero yo supongo y creo que ha ya entrado), créés tú, digo, que Cabrera vendrá ahora tan bravucon como fué antes? Y mas si viene á darnos la libertad por encargo de lord Palmerston, que si es asi, no ha dejado de tener tino en la eleccion del instrumento.

—Antójaseme, mi amo, y me está dando el corazon, que si es que ha entrado el ciudadano Cabrera, ha de venir á pagar ahora las muchas que hizo antes; porque tengo para mí que en este mundo, tarde ó temprano, el que la hace la paga.

—No lo estrañaria, PELEGRIN, porque yo soy hombre que creo á puño cerrado en la Providencia: y asi como al gobierno le está bien empleado que quieran ahora los carlistas subírsele á las barbas, en merecida pena de lo mucho que les ha estado mimando y acariciando, mientras perseguia desapiadadamente á los liberales, asi á los carlistas les estará bien empleado todo lo que les venga por lo ingratos que se muestran á unas caricias y á unos ofrecimientos en que nunca pudieron soñar. Y no tengas duda que á todos los irá alcanzando la Providencia.»

Este razonamiento fué interrumpido por un grán estruendo que oimos, y era que el *Archiduque* habia rematado con tal fuerza en las tablas, que abrió en ellas un formidable boquete, tal como no quisiera yo que le abriera Radetzki en los muros de Venecia, y como me temo que le abra si Cárlos Alberto no anda listo, ó no se anticipa él á abrirle en Verona. Con esto y con haber destrozado, enteramente destrozado, dos ó tres caballos, tomáronle tal repugnancia Sevilla y otro ciudadano picador que habia sustituido á Muñoz, y cuyo nombre no es aun conocido en la historia, que no se atrevian á apuntarle sino á tiro de carabina, de manera que mas parecian tiradores de á caballo que no lanceros. Intimacion del alguacil: «Su Excelencia ordena y manda que vaya vd. al toro.» Acercábanse algo sacando una vara tamaña como un canalon, mas no tardaban en volver á retirarse. Otra intimacion del alguacil: «El Señor Presidente ordena y manda que vaya vd. al toro.» Con razon temia el picador suplente, porque el *Archiduque*, con una flemma verdaderamente alemana aguardó la suya, y cuando le pareció oportuno, *motu proprio* y sin que nadie se lo ordenará ni mandára, arremetió al nuevo centauro con tal empuje que le desjarretó el cuadrúpedo, no quedando el bipedo muy bien parado.

Hubiera el *Archiduque* solo bastado á hacer divertida la funcion, si en esta fiesta de competencia no hubieran competido los lidiadores á quien peor lo hiciera, siendo muy difícil decidir quiénes merecieron el premio por lo malo, si los de á caballo ó los de á pié, si los picadores ó los espadas, ó si el Presidente que ordenaba y mandaba el espectáculo. La muerte del *Archiduque* fué tambien tormentosa, porque el *Salamanquino*, que era el sacrificador, no acertaba á consumir el holocausto. El Presidente viendo que llevaba dadas ya cuatro cortas sin profundizar en las entrañas de la víctima, ordenó y mandó que se empleára contra el Vicario de los imperios germánico y austriaco la enseña del Gran Turco, la terrible media-luna. El público se mostró indignado de este mandamiento. «Cómo qué? decia, solo á un moscovita le puede ocurrir solicitar la cooperacion del Turco contra el Aleman.» A pesar de tan justas y enérgicas reclamaciones, ya la media-luna habia franqueado las fronteras de la Transilvania, cuando afortunadamente el *Salamanquino* acertó á despachar al *Archiduque* de un golletazo, y por consiguiente se retiró el arma alevo-sa del Gran Sultan sin necesidad de hacer uso de ella, con gran beneplácito de todos. TIRABEQUE se habia pronunciado tambien enérgicamente contra la alianza de la Rusia y la Sublime-Puerta y en favor de la Alemania; bien que TIRABEQUE está contra toda intervencion estrangera, y mucho mas si es armada.

Fáltanos el 6.º, llamado en el programa *Tortolito*. Era pio, ó sea berrendo en blanco, corniabierto, de buenos pies y de muchas libras. Nosotros en razon al pelo le nombramos *Pio*; y como era el 6.º, vínosele á mi paternidad á la memoria, sin poderlo remediar, el Papa Pio VI y la época de su pontificado, tan parecida en muchas circunstancias á la de Pio IX. Tambien á aquel le tocó una revolucion europea y una Asamblea constituyente francesa como á este. Pero ni la república francesa de 1798 era como la república francesa de 1848, ni Pio VI era como Pio IX. Cincuenta años justos hace que aquel buen pontífice vió invadida su capital por un ejército francés,

y nombrado en Roma un gobierno revolucionario, que le despojó de sus alhajas, de sus muebles, de su rica biblioteca, y por último le obligó á abandonar sus estados, muriendo al año siguiente desterrado en Valence. Un epígrama del tiempo de su sucesor decia: *Pio VI per conservar la fede, perde la sede: Pio VII per conservar la sede, perde la fede:* aludiendo á las relaciones de este último con Napoleon y á su famoso Concordato. Nosotros esperamos que *Pio IX* conservará *la sede*, como conserva *la fede*, y nos alegrarémós mucho que el ministerio Mamiani acierte á arreglar sus desacuerdos con el Papa, porque *Pio IX* merece que no se le den disgustos.

Salió el *Tortolito Pio* bastante abanto, pero se creció en la lidia, en términos que habiendo dado muerte al cuadrúpedo del picador nuevo, de tal manera se cebó en la víctima que parecia haberse dormido sobre ella. El picador fué socorrido por un chulo, no por ese *Chulo* que dicen haber entrado en Estremadura por la frontera de Portugal al frente de una partida de 32 chulitos montemolinistas, y que se sospecha dirigirse á la Mancha, sino por uno de los muchos chulos, auxiliares subalternos de la plaza de toros. No tuvo tiempo el *Tortolito* de lucirse, porque era ya muy tarde; la noche se iba echando encima, y fué preciso dar el último capítulo de la fiesta en extracto. Púsole uno de los muchachos un solo par de banderillas, y al instante sonó la trompeta de la muerte. El *Camará* acabó de compendiar la funcion, despachándole de una estocada que le hizo ver las estrellas, aunque esto no prueba mucho, porque ya las veía yo, y eso que no recibí el pinchazo, que por cierto fué el único regular que se dió en toda la tarde. Tan luego como la res cayó en tierra, la democracia popular, hasta entonces reprimida, saltó desbordadamente la valla por todos lados, y vióse en un momento la plaza cuajada de ciudadanos libres, que con instintos nada pios comenzaron á descargar á competencia sendos garrotazos sobre el moribundo *Pio*, como gozándose en acabar de martirizar al aristócrata. Mas haciendo el *Pio* un último esfuerzo, levantóse de

repente y dispersó toda aquella gavilla, como dicen que se ha dispersado la del brigadier carlista Zubiri en Navarra. Últimamente faltándole el aliento volvió á caer y espiró.

Y así terminó la segunda corrida de competencia, bastante buena por parte de los animales, mas que bastante mala por parte de los hombres. Y me viene bien que se haya acabado, porque en este momento me espera el consejo de ministros.

ENCOMIENDAS, ERMITAS, SANTUARIOS,

HERMANDADES Y GOFRADIAS.

Hé aquí para lo que me esperaba el Consejo de Ministros, para decirme que se había mandado suspender la venta de los bienes, rentas y censos de todas estas corporaciones, á cuya venta se había comenzado á proceder por real decreto de abril último. Suspenso me dejó, á mi FR. GERUNDIO, suspension tan repentina. Les pregunté la causa, y me informaron haber sido á consecuencia de una esposicion hecha á S. M. por la Junta de arreglo de culto y clero, en que propone que dichos bienes, junto con los demas que restan por vender del clero y de las monjas, se enagenen de otro modo y bajo otra forma, destinándose sus productos á la dotacion anual del culto y sus ministros y de las religiosas, todo esto de acuerdo con la Santa Sede. Enteráronme de las medidas que dicha junta proponia (que son las mismas que mi paternidad deja consignadas al final de la parte histórica de esta Revista), y de las razones en que las apoyaba con las cuales me manifestaron estar ellos conformes, pidiéndome en seguida mi gerundiano parecer sobre ellas.

—No es fácil, hermanos ministros, les dije, que por una rápida lectura pueda juzgar de la utilidad y conveniencia de medidas tan graves: solo os puedo decir ahora que me parece bien el pensamiento en su totalidad, el principio de desamortizacion en que se funda la junta, la venta á censo, la division

en pequeñas suertes, y su aplicacion al sostenimiento del clero y del culto, asi como no me parece tan bien lo de la creacion de títulos de 3 por 100 con destino á las monjitas. Pero dadme un poco mas tiempo para meditarlo mas despacio, y para cuando vosotros trateis de ejecutarlo puede que os dé un consejito.

Ahora decidme vosotros: cuando dispusísteis la venta de las encomiendas, hermandades y cofradías, ¿no sabíais que habia una junta de culto y clero, con cuyo encargo tenía inmediata conexion este asunto?

—Es verdad, me dijeron unánimemente.

—¿Y por qué no lo consultasteis á su tiempo y procedisteis de acuerdo con ellos, y no decretasteis la venta asi de golpe y porrazo, para veros ahora, á los cuatro meses, en el caso de mandar la suspension? ¿No veis que esto denota por lo menos imprevision y ligereza, y que haceis las cosas á *Deum dedére*?

—¡Y es verdad, me contestaron; y se quedaron ellos suspensos.»

—¿Y la Junta por su parte no ha tenido tiempo en cuatro meses para haber pensado esto mismo, y no que se ha estado con mucha calma viendo vender la mitad de los bienes? ¿Será cosa de andar, como andamos todos los dias, enagenando una parte y devolviendo otra, mandando vender hoy para mandar suspender mañana?

—¡Y es verdad! me contestaron ellos: tiene FR. GERUNDIO mil razones.»

Entonces me prometieron que no solamente llevarían á cabo la desamortizacion, sino que harian muy pronto una cosa tan buena y tan gorda, que no podrian menos de agradecérsela todos. En fin, FR. GERUNDIO, me dijeron, nos veremos para el 24.

—«Está bien, les dije, iré á ver correr las fuentes al Real Sitio, y allí ajustarémos cuentas. ¡Pero ay de vosotros si voy al Carpio y no lo haceis! ¡Ay de vosotros si aquel dia os contentais con que corran las fuentes y nada mas! ¡Acordaos de que hay un Padre Santo en Roma y un FR. GERUNDIO en España, los cuales están mas de acuerdo de lo que creeréis!»



